
EDUCACIÓN Y LITERATURA



FRANÇOIS DELPRAT
Doctor en Letras y Humanidades
Université de la Sorbonne Nouvelle, Paris III
francois.delprat@univ-paris3.fr

Recibido: 01/02/2017

Aceptado: 05/05/2017

En un artículo de hace 10 años, el Director General de la UNESCO, Koïchiro Matsuura, pregonaba el advenimiento en el presente siglo de las sociedades del saber. No porque viera alguna novedad en el fomento del conocimiento y de todas las actividades intelectuales, sino porque la rápida expansión de las nuevas tecnologías exige pasar de una noción común de la sociedad de la información a una sociedad en que todos los hombres se vean ofrecer medios y estímulos para el ejercicio de sus ideas y conocimientos y cada uno en su lugar, aproveche lo mejor de la comunicación y el intercambio.

Estos conceptos, muy optimistas en cuanto al acceso de todos los hombres a las nuevas tecnologías, se oponen, claro está, a la práctica nefanda de tratar la información como una mercancía y se coloca en la gran tradición humanística que rige los modelos educativos en el mundo entero, lo cual no obsta para que la educación tenga entre sus fines necesarios la capacitación de hombres y mujeres para ensanchar sus recursos vitales, ligados a la producción y consumo de bienes materiales, tanto como desarrollar sus dotes personales y su sociabilidad y moralizar las conductas tanto individuales como colectivas, en provecho de la convivencia.

A lo largo de toda la antigüedad, el papel de la literatura en la sociedad es parte esencial de la conservación del saber y de los modos de ser y sentir y conocer el mundo, la escritura memoria y transmisión, aunque es propiamente literaria solamente una pequeña parte del acervo de dicha transmisión, ella es la que formaliza el lenguaje de cada grupo étnicocultural. Se ha llegado, en la era de la institucionalización de la naciones a relacionar la identidad nacional con la conformación de unidades lingüísticas más aún que con el territorio como lo seguimos viendo hoy, cuando el mapa



lingüístico se yuxtapone al de las ronteras administrativas.

En el orden de lo oral lo mismo que en lo escrito, la literatura ha desempeñado un papel constante dentro de la educación, me refiero a la literatura escrita, pero sin olvidar que también en sociedades que han desarrollado tempranamente sistemas de escritura, la tradición oral ha seguido obrando profundamente la transmisión y construcción creativa de la cultura. La fijación de la memoria y la creatividad de la escritura que ha imperado en la modernidad, no debe ocultar la constancia de la creación y transmisión de la literatura oral, Venezuela es uno de los países en que se han estudiado con precisión y éxito estos mecanismos y se ha recopilado una nutrida tradición en especial en cuentos, leyendas, poesía, muchas veces como prolongación y reactivación constante de las cosmogonías fundacionales de las culturas indígenas. Ellos son una forma del saber y parte definitoria de la visión del mundo y de la conciencia personal y grupal.

En las reflexiones de hoy, fijaré mi atención en la relación entre la educación y la literatura, entendiendo ésta como letra, escritura. Si el mundo actual vive grandes cambios en los medios educativos, el más evidente en el mundo entero es el acceso generalizado a la esfera de lo audiovisual y la intensa circulación de textos virtuales que están transformando radicalmente la comunicación del saber y abriendo a escala del globo entero el acceso a la cultura, aunque se diga que Mac Luhan se equivocaba al profetizar la desaparición rápida del libro. Volveremos sobre este punto más tarde.

Los milenios de edificación de las literaturas, conocieron etapas de gran creatividad y etapas de receso, incluso de regresión, por el peso de la autoridad, a la vez aplicada a fomentar la memoria del saber y los saberes provechosos según sus criterios utilitarios o ideológicos, y a controlar, a

veces impedir, la circulación de ideas y conocimientos, sobre todo cuando la novedad ponía en cuestión su orden moral, social, político. En las democracias modernas, esta censura ya no existe, pero me pregunto si podemos sentirnos preservados de otros medios de censura que obstaculizan la expresión de ideas y limitan u orientan las actividades literarias y la mera difusión del libro. Para nuestra reflexión, no hay inconveniente en considerar el libro como mercancía: su comercialización favorece el desarrollo del mayor número de personas, incluso puede ser uno de los fines de la educación si consideramos la literatura como la forma más elaborada del lenguaje, vehículo incomparable de las ideas e instrumento indispensable de desarrollo de la sensibilidad, de la creatividad y de la personalidad moral.

Literatura y humanismo. Sarmiento, Bello y la lectura

La educación, cada uno de nosotros lo vive en su vida privada, incluye desde los primeros balbuceos, la conformidad a pautas del lenguaje, hasta el punto que los propios niños son capaces, aun antes de entrar en la escuela, de increpar a un adulto de su entorno con un “no se dice así” calcado en lo que les han enseñado ya. Estos pasos de la adquisición del lenguaje constituyen un programa deliberado de la educación que alcanza su grado supremo en el hábil manejo de la escritura, el acceso a un lenguaje de elaboración superior que es la literatura, un arte del bien decir y del bien escribir que, inevitablemente, incluye la conformación del discurso, la orientación filosófica, la manera de ver el mundo y de sentir, implicando factores ideológicos, morales y sociales.

En Sudamérica, los albores de la intelectualidad de las repúblicas independientes dan, con el foco precoz de Chile, una admirable muestra de la voluntad de incorporar los conocimientos enciclopédicos a la educación de la juventud americana. En

los años de 1835 a 1845 coinciden Andrés Bello y Sarmiento en la creación de instituciones fundamentales que son la Escuela Normal, ideada por Sarmiento a invitación del Ministro Montt, y la Universidad de Santiago cuyo primer Rector fue Andrés Bello. Ya experimentados los dos por su papel de jóvenes preceptores y las iniciales participaciones en la reflexión sobre docencia, así como en la creación de órganos de debate y reflexión: la prensa y las colecciones editoriales como la “Biblioteca americana” de Bello, desde su etapa londinense. Suele considerarse en la historia del pensamiento literario que se enfrentaron estas dos grandes figuras en su polémica sobre los románticos, y porque la prensa de su tiempo resaltó algunos desacuerdos en cuanto a la escritura del castellano en América, otros en la gramática. Lo más evidente fue su actitud en la reforma de la ortografía, así como en torno a los métodos pedagógicos, más europeísta y latinista era Sarmiento, más americano y flexible en sus modelos reformistas Bello: los dos con un grado igual de erudición, con la misma decisión de modernizar la cultura y también la misma amplitud de visión del porvenir de las nuevas naciones.

Podemos destacar una comunidad del pensamiento de ambos, en especial su reiterado precepto del cuidado de la lectura y de la escritura desde la niñez y por lo tanto la importancia de las primeras letras en la escuela infantil. Los escritos de Sarmiento son a este respecto los más explícitos. La lectura comprensiva (valga el anglicismo) y expresiva era recomendada a los futuros maestros de escuela, para que a su vez, supieran adiestrar a los niños y adolescentes en una lectura que no sea mecánica sino intelectual, es decir parte de un desarrollo intelectual que redunde en la construcción de un conocimiento, de una visión del mundo, y de una moral; Sarmiento repetidamente había de promover el papel de la lectura de textos como

principio de toda la educación. Por supuesto indispensable para acceder al conjunto de los conocimientos y dar la autonomía a cada espíritu, la lectura formaba parte de la iniciación a múltiples actividades útiles y de una elevación de la persona.

Sin señalar la literatura como un campo notable de lo que hoy se llama desarrollo integral de la persona, Sarmiento en su definición de los programas de trabajo de la Escuela Normal de Santiago de Chile hacía el elogio de la historia en uno de sus artículos del diario El Mercurio (22 de marzo de 1842) amplificándolo más tarde en otra página del diario El Progreso (10 de abril de 1843): la historia debe “dar al pueblo una idea general de la marcha que ha seguido la humanidad hasta nosotros, haciéndole sentirse parte integrante de este movimiento y de esta humanidad”. La historia es parte de una manera de ver el mundo y de estar actuando en él: “es un hecho continuo, es más bien una biografía, la biografía de una sociedad que, obedeciendo a leyes inmutables, se desenvuelve dentro de límites necesarios”. Al conocer el pasado se aprende a conocer las causas y los efectos, ver con mayor claridad la vida actual. Sin decirlo explícitamente, Sarmiento aplica el principio de Leibniz que ha citado en otra oportunidad: “El presente, hijo del pasado, enjendra el porvenir” (El Mercurio, 24 de junio de 1842). Para él, la historia es el hilo conductor gracias al cual se accede a la filosofía y la literatura, ellas mismas contribuyen a la primera porque son “manifestaciones de la marcha del espíritu humano en las diversas épocas de la civilización. La literatura, inseparable de la historia del pensamiento “ha investigado los hechos para conocerse a sí misma en su origen y en su marcha, para estudiar los procedimientos por los que las ideas de una época pasan a los libros y a la escena”. El papel de la literatura en la educación está estrechamente asociado a la escritura y a la elaboración

en aquel momento del siglo XIX de pautas de la lengua. Como Andrés Bello, Sarmiento impulsaba una reforma audaz de la gramática y la ortografía. Ambos coincidieron más claramente aún en la necesidad de una educación apropiada para los ciudadanos de la república americana. Era necesario fomentar la aptitud de los jóvenes a vivir en su propio medio, diciendo que debían estudiar para hacer obras de provecho en el medio en que vivían, un país tan necesitado de empresas materiales y morales como de progresos intelectuales, artísticos y sociales. Para Sarmiento, en este orden también la literatura debe poner atención en los hechos y darse como objetivo la elevación moral y la aptitud al entendimiento de las acciones:

Un pueblo sensato, como un individuo, no debe avergonzarse de no ser perfecto, debe sí avergonzarse de dormir eternamente entregado a una insignificante indolencia. Cuando se trata de indagar el estado moral de un pueblo, muy culpables serían los que emprendiesen esta tarea, si en lugar de esponer tristes y provechosas verdades para ofrecer remedio a los males, quisiesen echar una venda sobre los ojos y distraerles la atención de sus verdaderos intereses. Para curar las heridas preciso es sondearlas, tocarlas, ecsaminarlas, i el imprudente que no quiere sufrir esta dura pero saludable prueba, sucumbe víctima de su cobarde apocamiento.

La obsesión de Sarmiento por la moral cristiana en la educación, la justifica por la debilidad de las instituciones y la voluntad de promover una educación para el pueblo entero, en ella ha de tener lugar principal un trabajo de los historiadores que también incumbe a literatos y filósofos: consignar las costumbres, ideas y aspiraciones del pueblo americano y mostrar “un eslabón que ligue al individuo americano con su patria, a ésta con la Europa y el mundo civilizado de todas las épocas”. Como parte de una cultura universal, la literatura es por lo tanto un instrumento más en el estudio del hombre y del espacio americano, en el modo de relacionarse que tienen los hombres. Estas

ideas iniciales de Sarmiento habían de concretarse en su libro más conocido *Civilización y barbarie. Vida de Juan Facundo Quiroga* (1845).

Escribir para educar a los americanos es la labor fundamental de Andrés Bello desde su tiempo de Londres, en que empezaba la publicación del periódico *Biblioteca americana* (1823), más tarde prolongada en *Repertorio americano* (1826-1828), uno de los primeros órganos de la intelectualidad hispanoamericana. Su afán americanista invitaba a la publicación en español de obras descriptivas científicas sobre el Nuevo Mundo y de reflexión especulativa sobre las nuevas etapas de la historia de las sociedades hispanoamericanas, la filosofía de la historia, la especulación política, eran perseguidas en España y en sus territorios coloniales, la emancipación había de realizarse sin esperar en las repúblicas independientes, fue uno de los móviles que le llevaron a Chile en 1828. Entonces, mientras que otros territorios veían paralizada la marcha a la emancipación y el progreso, Chile vivía una paz propicia para fundar nuevas instituciones y dar ejemplo de un modelo educativo para los americanos.

Andrés Bello, como Sarmiento daba el primer papel a la escuela de primeras letras y se interesó considerablemente por la educación en el idioma hablado y escrito; en este orden preconizaba la reforma de la ortografía (en los mismos años, la recién creada Real Academia de la lengua Española fijaba pautas de una ortografía reformada). Bello recalca la necesidad de considerar el uso de los americanos. En el estudio introductorio a la edición facsimilar de la gramática, Amado Alonso evoca tres textos sucesivos, todos famosos y de gran provecho aún en nuestro tiempo: *Principios de ortología y métrica de la lengua española* (1835), luego *Análisis ideológica de los tiempos de la conjugación española* (1841), en fin *Gramática de la lengua castellana para uso de los ame-*

ricanos (1850).

Una idea del primero de ellos ilustra una de las constantes de sus principios educativos:

Como no hay pueblo, entre los que hablan un mismo idioma que no tenga sus vicios peculiares de pronunciación, es indispensable en todas partes el estudio de la Ortología a los que se proponen hablar con pureza; pues no basta que sean propias las palabras y correctas las frases, si no se profieren con los sonidos, cantidades y acentos legítimos.⁷

El cultivo de la literatura aparece a la vez como un medio de perfeccionarse en el idioma y uno de los fines de la enseñanza del idioma:

Deseoso de facilitar su estudio presento a los jóvenes americanos este breve tratado, en que me parece hallarán reunido cuanto les es necesario, para que, juntando el conocimiento de las reglas, la observación del uso, cual aparece en los buenos diccionarios y en las obras de verso y prosa que han obtenido el sufragio general, adquieran por grados una pronunciación correcta y pura.⁷

Matizaba su visión de una cultura americana porque el aporte de la historia literaria y de la historia de la filosofía, incorporadas como la historia y la moral al cuerpo de docencia de las Humanidades, incluía necesariamente todo el acervo español. El mismo Andrés Bello había realizado eruditos análisis del *Cantar de Mio Cid* que fueron fundamentos indispensables de todos los estudios filológicos:

No tengo la pretensión de escribir para los castellanos. Mis lecciones se dirigen a mis hermanos, los habitantes de Hispano-América. Juzgo importante la conservación de la lengua de nuestros padres en su posible pureza, como un medio providencial de comunicación y un vínculo de fraternidad entre las varias naciones de origen español derramadas sobre los dos continentes. Pero no es un purismo supersticioso lo que me atrevo a recomendarles. El adelantamiento prodigioso de todas las ciencias y las artes, la difusión de la cultura intelectual y las revoluciones políticas, piden cada día nuevos signos para expresar ideas nuevas, y la introducción de vocablos flamantes, tomados de lenguas antiguas y extranje-

ras, ha dejado ya de ofendernos, cuando no es manifiestamente innecesaria o cuando no descubre la afectación y mal gusto de los que piensan engalanar así lo que escriben.⁷

En una conocida Carta a Antonio José de Irisarri (1820) sobre los métodos de enseñanza de la lectura, escribía: "Ud. convendrá conmigo que una enseñanza que no procura acrecentar y desarrollar la observación y otras nobles facultades, no puede ser completa ni producir en el porvenir el menor provecho". El desarrollo de la crítica racional es indisoluble de los adelantos que obren los espíritus jóvenes en las diferentes ramas del saber así como en las respectivas conductas.

Otro momento de su vida en el cual claramente se aprecia la estrecha relación entre las letras y la educación es en la creación de la Universidad, su *Discurso de instalación de la Universidad de Chile* (1843). Enuncia un programa y fija pautas, dentro de la afirmación de la libertad del saber y de la conciencia.

La Universidad, señores, no sería digna de ocupar un lugar en nuestras instituciones, si (como murmuran algunos ecos oscuros de declamaciones antiguas) el cultivo de las ciencias y de las letras pudiese mirarse como peligroso bajo un punto de vista moral, o bajo un punto de vista político. La moral (que yo no separo de la religión) es la vida misma de la sociedad; la libertad es el estímulo que de vigor sano y actividad fecunda a las instituciones sociales. [...]⁸

La nueva universidad fundada en 1843 tenía facultades de Teología, de Ciencias Matemáticas y Físicas, de Medicina, de Leyes y Ciencias Políticas, de Filosofía y Humanidades. Fiel a su nombre, debía tener como punto de mira la universalidad del saber, la elevación de la moral y la formación de los espíritus. La colecta del saber se debe hacer a la par que su modernización y tomando en consideración los beneficios materiales que pueden reportar a todo el país. Las más elevadas ideas no suponen contradicción con las más concretas apli-

caciones, ya que hallan cómo confortarse en la experiencia de la materia y en las aplicaciones morales y sociales.

Un verdadero plan general de estudios se construye en este discurso que abarca toda la enseñanza desde la primaria hasta la Universidad:

La instrucción literaria y científica es la fuente de donde la instrucción elemental se nutre y se vivifica; a la manera que en una sociedad bien organizada la riqueza de la clase más favorecida de la fortuna es el manantial de donde se deriva la subsistencia de las clases trabajadoras, el bienestar del pueblo. Pero la ley, al plantear de nuevo la universidad **no ha** querido fiarse solamente de esa tendencia natural de la ilustración a difundirse, ya que la imprenta da en nuestros días una fuerza y una movilidad no conocidas antes; ella ha unido íntimamente las dos especies de enseñanza [...]8

Coronaba su discurso un elogio de la filosofía, insistiendo en la filosofía de la historia y en la literatura, animando a la juventud a cultivar la poesía y otras formas de creación artística, a no seguir preceptivas obsoletas, pero sin darse a la licencia que en las artes podrían perjudicar la moral:

¡El arte! Al oír esta palabra, aunque tomada de los labios mismos de Goethe, habrá algunos que me coloquen entre los partidarios de las reglas convencionales, que usurparon mucho tiempo su nombre. Protesto solemnemente contra semejante aserción, y no creo que mis antecedentes la justifiquen. Yo no encuentro el arte en los preceptos estériles de la escuela, en las inexorables unidades, en la muralla de bronce entre los diferentes estilos y géneros, en las cadenas con que se ha querido aprisionar al poeta en nombre de Aristóteles y Horacio, y atribuyéndoles a veces lo que jamás pensaron. Pero creo que hay un arte fundamental en las relaciones impalpables, etéreas, de la belleza ideal; relaciones delicadas, pero accesibles a la mirada de lince del genio competentemente preparado; creo que hay un arte que guía a la imaginación en sus más fogosos transportes; creo que sin ese arte la fantasía, en vez de encarnar en sus obras el tipo de lo bello, aborta esfinges, creaciones enigmáticas y monstruosas. Esta es mi fe literaria. Libertad en todo; pero yo no veo libertad sino

embriaguez licenciosa, en las orgías de la imaginación. [...]8

Hoy en día sigue abierto el debate entre la función moral y socializadora de las artes y otros conceptos apoyados en la constitución de nuevos conocimientos del hombre en su universo subjetivo, en la psique y la relación entre expresión artística reveladora del inconsciente colectivo, formas de arte que Andrés Bello vía peligrosas y que hoy son vías muy transitadas por muchas creaciones del arte en el nuevo siglo, entre otras la literatura: se ha avanzado notablemente en la práctica de la libertad y el humanismo ya no separa materia y espíritu, naturaleza y cultura como pudo hacerse en otro siglo y aun bien entrado el siglo XX.

Otro venezolano, literato y educador merece el nombre de gran maestro de la nación, Rómulo Gallegos.

Rómulo Gallegos

La obra literaria de Rómulo Gallegos (1884-1969) se inscribe dentro de una prédica por la transformación del hombre en Venezuela, con énfasis en la idea de “el alma dormida” y su corolario la naturaleza bella y bravía, la “tierra buena para el esfuerzo y la aventura”, “donde una raza buena ama, sufre y espera” una humanidad aun poco consciente de sus dones y mal preparada para asumir el propio destino.

Cuando ya había logrado la nombradía de un gran escritor, daba a la palabra cultura un sentido amplio que hace indudablemente de la literatura un instrumento necesario, pero dándole una finalidad de educación social y moral:

[...] no vacilo en afirmar que la cultura cuya libertad debe ser protegida y defendida en los nuestros [países] —hablo mirando hacia el mío particularmente— no es tanto la que nutra y adorne la inteligencia de selección para el menester científico y artístico, sino la cultura social que capacite masas para la comprensión de los problemas inherentes a los pedimentos de felicidad colectiva y especialmente la cultura cívica adiestradora del ejercicio de sobe-

ranía democrática plena de conciencia y de voluntad

Maestro y profesor, director de colegio y liceo durante veinticinco años, Rómulo Gallegos ha llevado una prolongada y reflexiva tarea educativa mucho antes de entrar en política, al par que escribía parte esencial de su obra literaria, sus cuentos reunidos en *Los aventureros* (1913) y sus primeras novelas, en particular *Doña Bárbara* (1929) la más celebrada. Cuando sólo había empezado con varios cuentos y sus primeros dramas, Gallegos había creado con sus amigos Fernando Paz Castillo, Julio Rosales, Horacio Rosales, Enrique Soubllette, un periódico de estímulo a la acción de la juventud universitaria, con el título de *La Alborada*, creada al principio de 1909. En las páginas de esta publicación, efímera y de limitada difusión a decir verdad, Rómulo Gallegos había elaborado su propia visión de la situación de Venezuela en cuanto a política, a educación y a cultura. Uno de sus ensayos se titulaba “*El factor educación*” y concentraba una propuesta dominada por la marcha de la historia. Juan Liscano resumía estas ideas:

1. Las causas de nuestros males nacionales están en nosotros mismos.
2. Tan sólo la educación puede remediar estos males.
3. Nuestro sistema educativo está viciado y sus defectos se desprenden de la herencia educativa latina que confunde los términos de educar y de instruir.
4. La educación obra sobre el carácter y debe hacer hombres para la vida, poseedores de una moral libre, de un sentido de la propia dignidad y de una capacidad para aceptar disciplinas interiores.
5. La instrucción opera sobre la inteligencia dando conocimientos.
6. “Entre nosotros, si apenas se instruye, no se educa en absoluto”. Ni se edifica el carácter, ni se

cultiva al hombre.

7. Se educa para la escuela, mediante el terror y la reprimenda que sólo producen hipócritas, serviles o irresponsables, en relación con la vida.

8. Se instruye mediante el caletre ignominioso; los exámenes se representan, se aprende un farrago de cosas inútiles y, finalmente, sólo se excita la inteligencia sin darle alimento alguno.

9. El educador es el cómplice del tirano. La escuela es foco disociador, la disciplina un factor de desmoralización, la moral religiosa un subterfugio para pecar, obtener el perdón y volver a pecar tranquilamente.

10. Soluciones: Pensar más en educar que en instruir, educar para la vida y no para la escuela, abogar por nuevos programas aligerados y una disciplina que sea aceptada libremente y no por una que descansa sobre la noción de castigo o del pecado .

Sobre el indispensable papel de la cultura en esta educación (cultura artística y literaria, formada en la herencia del humanismo), las ideas del comienzo del siglo XX no distan fundamentalmente de la función del humanismo del siglo XIX: memoria de la cultura universal transmitida en los sectores superiores de las sociedades. Así, el lector de su ensayo “Necesidad de valores culturales” verá matizar el concepto pesimista sarmientino que opone civilización y barbarie, pero señalando que la barbarie americana es una calidad de juventud de los pueblos y subrayando la capacidad de estos pueblos de hacer propias las ideas y formas elaboradas en las culturas de Europa que han contribuido a moldear culturas y vida social dignas de citarse como ejemplo.

Lamentando el bajo nivel de conciencia social y de sentido cívico en Venezuela, Rómulo Gallegos pide a los intelectuales que se dediquen a elaborar una cultura para guiar al pueblo. La idea de Ramiro de Maeztu del papel rector de la minoría culta

para un auge de la democracia en occidente, le parece aplicable bajo condición de no oponer la americanidad (que él llama indigenismo y nacionalismo) a la cultura europea que ha venido conformando la cultura superior de los países americanos. El saber científico y el humanismo son ejercicios del espíritu que deben redundar en la elevación del pensamiento, en una amplitud de ideas sociales y políticas.

[...] bastaría con que fuera, únicamente, la invisible penetración espiritual de la cultura representada por Europa, reconquista del alma, todavía virginal de América [...].

Ciertamente, bueno y legítimo es el gusto por la inventiva y el amor del propio esfuerzo, y en pueblos como el nuestro nunca será bastante recomendar las virtudes de la iniciativa pero allí donde ellas no pueden dar todavía sus frutos, la imitación, ya en su forma más simple o en la más elevada y consciente emulación, está llamada a llenar el vacío.⁹

Desconfía de la inclinación de la aristocracia tradicional a ver adorno de sí misma en las artes, en especial en la literatura y atribuye un papel propiamente educativo a los intelectuales, y habla de literatos y periodistas.

Darle al pueblo estos principios que constituyen el sentido moral de las naciones, sería la más alta empresa que tocara realizar a nuestros intelectuales. Sus recursos para ello son inagotables, tienen desde la eficaz lección del buen ejemplo, hasta la menos eficaz sugestión de la palabra hermosa. El libro, el periódico, la conferencia, volarían la semilla pródiga y oportunamente sobre un campo todavía erial pero rico en nutricios jugos.⁹

Conceptos derivados en gran parte de la línea positivista de progreso dentro del orden, Gallegos los transforma en programa de reforma de la educación porque los ciudadanos no reciben lo indispensable “Por una parte, instrucción fragmentaria, llena de lagunas y desprovista de métodos; por otra parte carencia de ideales comunes”. Ya establecido en su papel de escritor, volvió a insistir en el programa de reforma, en la necesidad de ideales

al servicio de la nación, en la posibilidad de despertar voluntad y afán de servir al bien común: pensemos en la educación dada por Santos Luzardo a Marisela, en *Doña Bárbara*, en la dirección casi invisible de la formación de Miguel por el tío Cecilio, en *Pobre Negro*, en la reapertura del colegio en *El Forastero*, en la vocación de Remota Montiel de dedicar su vida y sus recursos a la evolución y salud de la tribu Wayú en que había nacido, en *Sobre la misma tierra*. El arte de escribir se ha puesto al servicio de una causa, cumple con el cometido humanístico de dar alimento al espíritu para contribuir a la elevación de la moral y la constitución de un alma colectiva.

Literatura y educación por y para la libertad

Entramos entonces a considerar la literatura como una de las formas más elaboradas del lenguaje, una vía privilegiada de educación porque da acceso a la memoria de las culturas, tanto como a los saberes de todos órdenes. Pero sobre todo como poderoso recurso de formación de la persona, intelectual, moral y afectivamente, con sus naturales extensiones a las sociabilidades y al funcionamiento de los entes políticos. La literatura ha sido, antes de la construcciones de la ciencias humanas, el medio principal de exploración de la subjetividad y de la psique, hasta el punto de servir de eje a una gran parte de los trabajos de los fundadores del conocimiento íntimo del hombre (Jung, tanto como Freud, han puesto su atención en numerosas obras literarias, viendo en ellas observaciones reveladoras tan útiles como los casos clínicos o como las señales de la conciencia individual y colectiva). Como forma de acceder a una visión del mundo, permite también a cada lector conocer de este mundo muchas cosas más de las que permiten los sentidos y las vivencias de una sola persona, conocerlos de un modo no científico, que para este efecto se han desarrollado a través de los milenios los patrimonios del saber, sino de una forma a la

vez emocional e intuitiva, una experiencia del mundo por sustitución. La imaginación como facultad en constante actividad, se vuelve comunicación gracias el texto literario, lo mismo que el libro de filosofía, el de literatura da acceso a una transcendencia, dimensión quizás la más universal de las elaboradas por el espíritu humano.

En sus ensayos reunidos bajo el título de *Qué es la literatura*, Jean-Paul Sartre va más allá de esta aptitud de la literatura de contribuir a una vasta y personal extensión de la propia conciencia y del propio saber sobre el mundo. En el acto de lectura, ve la capacidad del hombre de crear un mundo. Cada lector ejerce su libertad creativa, ya que sin él la obra literaria se queda en pura potencialidad, adviene a la vida literaria por el lector mismo: éste, al leer, enriquece su experiencia del mundo y su capacidad espiritual, pese a la distancia entre su conciencia de individuo y lo representado o reflexionado en el libro; quizás incluso gracias a la distancia.

Por tanto, al valor descriptivo de la literatura, a su contenido emotivo (capacidad para la educación sentimental como pensaban los escritores de los siglos XVIII y XIX), a su función de ejercicio mental propicia a la constitución de la persona, a su ejemplaridad moral en la tradición muy antigua del deleitar enseñando, debemos añadir la experiencia de la propia libertad en la empresa literaria.

[...] toda obra literaria es un llamado. Escribir es recurrir al espíritu del lector para que haga pasar a la existencia objetiva, el desvelamiento que yo he acometido por medio del lenguaje. Y si me preguntan a qué recurre el escritor, me es fácil responder. Como nunca se encuentra en el libro motivo suficiente para que aparezca el objeto estético, sino solamente unas incitaciones a producirlo, como tampoco basta lo que hay en el espíritu del autor y como su subjetividad de la que no puede extraerse fracasa en dar cuenta del pasar a la objetividad, la aparición de la obra de arte es un acontecimiento nuevo que no puede explicarse por

antecedentes. Ya que esta creación dirigida es un comienzo absoluto, lo que obra en ella es la libertad del lector en lo más puro que tiene esta libertad. Así el escritor hace un llamado a la libertad del lector para que colabore en la producción de su obra.

Planteada en esta perspectiva, la relación entre literatura y educación alcanza su mayor profundidad: el ejercicio de la libertad no se ciñe a la elección del libro que muchas veces obedece a factores pedagógicos o a mecanismos de orientación del lector muy desarrollados en las sociedades contemporáneas (la edición y difusión se operan bajo condiciones materiales y criterios que limitan inevitablemente esta libertad, lo mismo podemos decir de lo más o menos accesibles que son las bibliotecas). La libertad está en el modo libre de aplicar la atención y en la capacidad de cada lector de entender como suya la obra literaria y de incorporarla a su visión del mundo y a sus conductas. Quiérase o no la obra literaria desempeña un papel en nuestro compromiso con el mundo, la calidad de las obras leídas redunda en la conciencia propia y en nuestra situación en el mundo.

Paradojas actuales

Desde mediados del siglo XX, esta situación del escritor en la educación ha cobrado mayor importancia por la intervención de los medios de comunicación de masas y la política educativa que apunta a tocar la totalidad de la población, aún en los países de bajos recursos. Se va acelerando esta tendencia en nuestro principio de siglo XXI, se intensifica con la globalización de la comunicación y mediatización. Frente a la amplitud del saber, el papel del educador, más que nunca es fomentar la aptitud de cada persona a comprender el mundo, conocer para comprender otras formas de vivir y de ser, elegir formas de actuar, prepararse ante un mundo cuya naturaleza no deja de ser tan compleja y difícil de desvelar como lo fue en otros tiempos. Pese al sorprendente avance de los

conocimientos, tan necesitados estamos hoy de una sabiduría que favorezca la convivencia entre los hombres y el equilibrio entre el hombre y el mundo.

Sirvan estas reflexiones de elogio a la literatura para nuestro tiempo, en que, paradojas de la explosión mediática, se vuelve a tomar en serio la profecía de Mac Luhan, del acabamiento de la galaxia Gutenberg.

La explosión de los recursos audiovisuales y su transmisión digital por medio de satélites, amenazan directamente la difusión del libro, el instrumento principal de la educación y el soporte casi único de la literatura hasta fechas recientes. Lo paradójico es que el texto propiamente dicho es indispensable a esta misma difusión digitalizada y que la literatura nutre gran parte de los bienes culturales que circulan (con gran rendimiento comercial) en la red.

La imaginación literaria, así como el acendrado lenguaje que transmite la literatura, su capacidad de decir más allá del vocablo, su aptitud para experimentar nuevas formas de sentir, de pensar y nuevas maneras de comunicarlas lejos de disminuir, se ven reforzadas por la asociación de sonido, texto e imagen y por el acceso libre a un número fantástico de ficheros, por cierto no siempre literarios.

Hoy, la educación por medio de la creación literaria, eficiente contribución a la edificación del lenguaje personal, de la propia conciencia y de la dinámica social, sigue teniendo en el libro, en el papel y la pluma instrumentos indispensables y de uso generalizado, asequibles a la mayoría de la población por lo menos en los países occidentales, tanto de América como de Europa. El uso de otras tecnologías recientes, no lleva a apartar este paso previo, al contrario, la práctica literaria se vuelve en una componente básica de la comunicación actual, incluyendo la preparación de los espíritus por medio de la educación media y superior que com-

porta muchas veces una importante faceta de crítica y análisis metódico de las ideas, del ejercicio mental y de las expresiones artísticas.

Estos medios nuevos favorecen una educación por la palabra hablada indisociable de la palabra escrita y puede dar lugar a formas aun ignotas y bellas de la poesía y la ficción, vías experimentadas ya aunque poco difundidas todavía y de las que será laborioso establecer un balance que sería de gran utilidad, siquiera para los dos pasados decenios. Hoy como antes, la educación tiene en la literatura un medio de despertar el espíritu y conformar la conciencia individual, un aprendizaje de la libertad que sea también un reconocimiento de la libertad ajena y un sentimiento de compartir con los otros hombres aspiraciones, talentos, ella puede cumplir el viejo sueño de un humanismo universal.

Notas:

Koïchiro Matsuura, “ Vers les sociétés du savoir ”, *Le Monde*, Paris, 4 novembre 2005, p. 13

² Terencio, « Hombre soy ; de lo humano pienso que nada me es extraño » (*El hombre que se castiga a sí mismo*, comedia, siglo II A.C.).

³ Paul Verdevoye, *Domingo Faustino Sarmiento. Educar y escribir opinando (1839-1852)*, Buenos Aires, Plus Ultra, 1988, 480 p.

⁴ Indicación de Paul Verdevoye, *op. cit.*, p. 238.

⁵ D. F. Sarmiento, “ Concurso ” en *El Zonda*, N° 3, agosto de 1839.

⁶ Véase François Delprat “ Andrés Bello et l'éducation pour les Amériques ” in *Río de la Plata*, París, CELCIRP, n° 28, *Le XIX° siècle en Amérique latine. Hommage à Paul Verdevoye*, p. 153-166.

⁷ Andrés Bello, *Obras completas*, Caracas, La Casa de Bello, 1951, tomo IV, 544 p., vid. p. IX-XCIII.

⁸ Cf. Andrés Bello, *Discurso de Instalación de la Universidad de Chile*, Prólogo de Rafael Fernández Heres, Ministro de Educación de Venezuela, Madrid, Oficina de Educación Iberoamericana, 1981, 65 p. et 38 p. Antecede a este discurso el texto de la ley de 1842 que promulga la creación de la Universidad de Chile. Sobre la historia de esta universidad y la acción de Andrés Bello como Rector durante numerosos años, véanse los artículos de Luis Bocaz en *Doscientos años de Andrés Bello*, revista *Araucaria de Chile*, Madrid, 1981, y su libro *Andrés Bello: una biografía cultural*, fotografía Jorge Ramírez, prolog. Rafael Caldera, Bogotá, Convenio Andrés Bello, 2000, 247 p. (ISBN 958-698053-7).

⁹ Rómulo Gallegos, “ La libertad de la cultura ” discurso pronunciado en la sesión de clausura del Congreso por la libertad de la cultura, el 26 de septiembre de 1956. En La Gaceta, Fondo de Cultura económica, México, septiembre de 1956, p.1-2.

¹⁰ *La Alborada* tuvo 8 números, de 31 de enero a 28 de marzo de 1909. En el comienzo de 1909 Venezuela veía como una promesa de libertad y de progreso la toma del poder por Juan Vicente Gómez. A fines de marzo, el ministro de gobernación convocaba a los directores de la prensa e imponía un verdadero control sobre la opinión. El ensayo se publicó en cuatro entregas de la revista (números 4, 5, 6, 7 y 8).

¹¹ Juan Liscano, *Rómulo Gallegos y su tiempo*, Caracas, Monte Avila Editores, 1969, 265 p. 48-49

¹² Rómulo Gallegos, “Necesidad de valores culturales”, en *El Cojo Ilustrado*, año XXI, num.496, agosto 15, 1912, (pp. 438-442.8)

¹³ (idea semejante a la de Borges en “Pierre Ménard autor del Quijote”, no sabemos si Sartre leyó este cuento, es poco probable que lo haya tenido en sus manos en 1947).

¹⁴ “Si l’auteur existait seul, il pourrait écrire tant qu’il voudrait, jamais l’œuvre en tant qu’objet ne verrait le jour et il faudrait qu’il posât la plume ou désespérât. Mais l’opération d’écrire implique celle de lire comme son corrélatif dialectique et ces deux actes connexes nécessitent deux agents distincts. C’est l’effort conjugué de l’auteur et du lecteur qui fera surgir cet objet concret et imaginaire qu’est l’ouvrage de l’esprit. Il n’y a d’art que pour et par autrui. [...] Ecrire c’est faire appel au lecteur pour qu’il fasse passer à l’existence objective le dévoilement que j’ai entrepris par le moyen du langage. Et si l’on demande à quoi l’écrivain fait appel, la réponse est simple. Comme on ne trouve jamais dans le livre la raison suffisante pour que l’objet esthétique paraisse, mais seulement des sollicitations à le produire, comme il n’y a pas non plus assez dans l’esprit de l’auteur et que sa subjectivité, dont il ne peut sortir, ne peut rendre compte du passage à l’objectivité, l’apparition de l’œuvre d’art est un événement neuf qui ne saurait s’expliquer par les données antérieures. Et puisque cette création dirigée est un commencement absolu, elle est donc opérée par la liberté du lecteur pour qu’elle collabore à la production de son ouvrage.” Jean Paul Sartre, “ Pourquoi écrire ? en *Qu’est-ce que la littérature ?* (1948), Paris, Gallimard, 1970, Col. Idées, p. 55, 59.